

Una moral en los modos de intervención sobre la relación entre la violencia y los jóvenes en Colombia¹

A morality in the modes of intervention on the relationship between youth and violence in Colombia

Jaime Andrés Gómez Navarro*

Resumen

El objeto de estudio es el conocimiento producido sobre la relación entre la violencia y los jóvenes en Colombia. Se aborda mediante la lectura analítica de 110 textos y la reflexión sobre la educación popular y las escuelas del desarrollo, dos modos de intervención matriciales en los textos revisados. Una vez se introduce el método utilizado, se aborda la forma como los autores construyen una relación entre los jóvenes y la violencia. Luego, como hipótesis, se argumenta que este conocimiento producido da cuenta de una moral, una mistificación útil a la violencia misma, recurre al humanitarismo, enmascara la vacuidad de lo que ocurre, obnubila el pensamiento y reprime la ira, e instala una biopolítica que capacita a los individuos y los subordina a la promesa de un sistema de oportunidades. También opera un poder en la vida que afirma creencias, subvierte y exalta lo múltiple y lo diverso.

Palabras clave: moral, violencia, jóvenes, políticas, educación popular, desarrollo

Abstract

The object of analysis is the knowledge produced on the relationship between youth and violence in Colombia. This paper explores this field through an in-depth analysis of 110 articles and a reflection on popular

¹ Artículo elaborado, producto de la investigación “La moral en los modos de intervención sobre la relación entre violencia y los jóvenes en Colombia” Tesis para postulación al título de Maestría desarrollado en la Fundación Universidad Central en Bogotá, periodo 2011-2012.

* Magister en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos. Asesor, facilitador e investigador en procesos sociales. Correo electrónico: gomez.jaimeandres@gmail.com.

Recibido: 29 de enero de 2015 **Aprobado:** 10 de julio de 2015

education and the schools of development as two main modes of intervention within the analyzed articles. First, the paper explores how the concept of youth is created in the literature on violence in Colombia and the kind of relationship the authors create between young people and violence. Secondly and in a hypothetical manner, it argues that this knowledge reveals a morality that mystifies the reasons for violence and is convenient for violence itself. This morality uses a concept of humanitarianism that disguises the emptiness of events. It is the repetition of a complexity that clouds the thinking and represses and denies rage. This morality paves the way to a form of biopolitics that trains individuals by subordinating them to a promise about a system of opportunities. At the same time, there is a power in life that validates beliefs and experiences, subverting and exalting the multiple and diverging.

Keywords: moral, violence, youth, policies, popular education, development

Sumario: 1. A manera de introducción: El problema y la tarea filosófica asumida, 2. Los jóvenes en los estudios sobre la violencia en Colombia, 3. La violencia en los estudios sobre los jóvenes colombianos, 4. La corriente crítica de la educación popular y las escuelas del desarrollo como modos de intervención en la relación entre la violencia y los jóvenes, 5. El saber y la normatividad construidos sobre la relación entre la violencia y los jóvenes, 6. Comentario al borde, 7. Referencias bibliográficas

1. A manera de introducción: El problema y la tarea filosófica asumida

La pregunta es por las formas en que se construye una verdad sobre lo real en el campo social, específicamente en los discursos y en las prácticas que los productores de dicha verdad emplean. El objeto es el conocimiento producido acerca de la relación entre la violencia y los jóvenes en Colombia en los modos de intervención que predominan en este conocimiento: la corriente crítica de la educación popular y la escuela del desarrollo. Se entiende por modo de intervención las estrategias abiertas utilizadas directa o indirectamente sobre los sujetos individuales y colectivos para su

capacitación y modificación de sus valores, actitudes y conductas. No se analizan casos específicos de intervención, se problematiza e interpreta la moral que subyace en el conocimiento producido y la manera en que incide en las políticas, a partir de la lectura analítica de 110 textos, entre investigaciones, estados del arte y sistematizaciones. Es un resumen del análisis completo no publicado pero disponible (Gómez, 2012), y utiliza como referentes y sustento empírico solo algunas de las 110 fuentes revisadas, las cuales responden a los criterios de diversidad en el tipo de textos, diversidad geográfica desde la cual se produjeron y publicación en el periodo 1985-2011.

La problematización exige una tarea filosófica, una labor hermenéutica con los textos que han construido una verdad, rumiándolos, dejándose afectar por ellos en tanto portadores de una fuerza, y sirviendo de medio para que emerja aquello que pugna por ser reconocido (Zuleta, 1994). Se trata de sospechar de lo que se ha impuesto como verdad dogmática, relacionando las ideas como fuerzas corpóreas (no como esencias) entre sí y luchando permanentemente con los propios prejuicios.

Una crítica de los valores morales. Poner en entredicho el valor mismo de esos valores – y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias en que aquellos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron (la moral como consecuencia, como síntoma, como máscara, como tartufería, como enfermedad, como malentendido; pero también la moral como causa, como medicina, como estímulo, como freno, como veneno) (Nietzsche, 2002: 28).

2. Los jóvenes en los estudios sobre la violencia en Colombia

La Violencia en Colombia, entendida como el fenómeno que caracteriza el periodo político y social comprendido entre los años 1948 y 1960 e iniciado a raíz del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, y los antecedentes políticos y sociales que lo originan, surge como objeto de estudio en la investigación *La violencia en Colombia*, publicada por primera vez en el año 1962. Para sus autores, la violencia es el síntoma de una revolución social y política del país, cuyos actores se “salieron de

madre”, con consecuencias imprevisibles que han devenido en problemas subsidiarios. Se requiere por tanto una intervención terapéutica directa por parte de los sectores eclesial, militar, privado, educativo, político y gubernamental sobre aquellas disfunciones sociales que, habiéndose iniciado en el nivel central y político, “bajaron al pueblo”. Los niños y los adolescentes, como parte de la masa de marginados, son el centro vital del problema y deben ser atendidos (Fals Borda, Guzmán y Umaña Luna, 2010).

Según Gonzalo Sánchez, las investigaciones realizadas sobre la violencia en las décadas de los años setenta y ochenta se caracterizan por el tránsito del análisis de la violencia como coyuntura política al horizonte de larga duración donde el fenómeno se proyecta como elemento estructural de la evolución política del país (1986), por el creciente desplazamiento de los enfoques globalizantes a los estudios regionales, unidades temáticas o coyunturas específicas, y por el distanciamiento gradual del economicismo dominante al inicio de la década de los setenta. A este periodo corresponden las teorías integrales de la violencia a partir de las tesis de Oquist (1978) y Pécaut (1987) acerca del derrumbe parcial del Estado.

La Comisión de Estudios sobre la Violencia (1986) distingue la violencia política de las violencias económica, cultural, ambiental, subjetiva y territorial, acuñando el concepto de *cultura de la violencia* como marco de referencia. La violencia es definida como “todas aquellas actuaciones de individuos o grupos que ocasionen la muerte de otros o lesionen su integridad física o moral” (Camacho y Guzmán, 1990:23). Con esta nueva definición, la violencia cambia de ser síntoma de una revolución social y política a ser la actuación de algunos individuos y grupos disfuncionales que atentan contra la vida de sus congéneres.

A finales de la década de los años ochenta, se enfatiza en los estudios la multidimensionalidad de la violencia y las relaciones existentes entre lo político y lo social, teniendo en cuenta el surgimiento de la ciudad como territorio de violencias múltiples. La década de los noventa despliega los estudios sobre la violencia urbana, entendida como fenómeno de tipo social más que político, aunque vinculado a este. Aparecen las temáticas referidas a las economías ilegales y la inseguridad ciudadana, y se tematiza

la delincuencia juvenil (Palacio, Sánchez y Valencia, 2002; Camacho y Guzmán, 1997).

La producción de conocimiento sobre la violencia en Colombia se mantiene en las dos primeras décadas del siglo XXI, mediante estudios regionales, recomendaciones de política pública, descripciones de las consecuencias del conflicto armado.

3. La violencia en los estudios sobre los jóvenes colombianos

El 30 de abril de 1984, “En un vehículo de la policía aparece Byron Velásquez Arenas, identificado como uno de los atacantes del ministro Lara Bonilla”. “Iván Darío Guisao Álvarez (nacido en 1952) asesino del ministro Lara Bonilla se convirtió en la ‘oveja negra’ de la familia a la edad de los 17 años. Byron Velásquez Arenas..., de 20 años, participó en el asesinato”. (*El Tiempo*, martes 1 de mayo de 1984) El dato periodístico dice que el asesino nació en 1952, es decir tenía 32 años cuando cometió el magnicidio. Su acompañante, conductor de la moto, tenía 20 años.

Su definitiva irrupción pública tendrá fecha definida, el 30 de abril de 1984, aquella noche en que cae asesinado en una avenida de la capital el entonces ministro de justicia. El asesino capturado, un muchacho de apenas 14 años de edad, lanza el taladrante interrogante que de ese momento en adelante pesará sobre los jóvenes; no podía ser de otra manera frente al espectáculo del terror que comenzarían a sembrar sicarios y bandas juveniles (Perea, 1998:129).

Esta reiteración operará, metafóricamente hablando, como un tatuaje que logra cubrir todo el cuerpo del joven colombiano, ocultando aquellas huellas anteriores de la contracultura, los movimientos estudiantiles, el liderazgo en las luchas populares, tras su otra identidad de campesinos, estudiantes, subversivos y otras identidades de los colombianos que “la violencia”, obsesión de Colombia y sus investigadores, no dejó ver en muchos escenarios.

El año 1985 es declarado por la Asamblea General de las Naciones Unidas como Año Internacional de la Juventud. Ese año la Asamblea sesiona

como Conferencia Mundial, con el lema Participación, Desarrollo y Paz. En este escenario de política global, la Comisión Económica para América Latina —CEPAL— convoca a entidades del gobierno y organizaciones de la sociedad civil a una acción conjunta que reconozca la existencia de los jóvenes como una categoría social y adoptar medidas de formación, incorporación al trabajo y constitución de familias sanas. En cumplimiento de esta política global, se escribe para Colombia el estudio fundante de un vacío original con el que nace el joven colombiano: *Ausencia de futuro: La juventud colombiana*:

El agotamiento del modelo modernizador que empieza a sentirse en la segunda parte de la década de los setenta sorprende a la sociedad colombiana sin haber arreglado cuentas con el proceso modernizador y causa la ruptura de expectativas sociales en plena vigencia tanto en la educación como en el trabajo y la movilidad social, se avivan olas de desorganización social [...] Este estado de cosas, lindante con una situación de anomia social, afecta directamente las perspectivas de la juventud colombiana (Parra, Jaramillo y González, 1985: 19).

Con un título surgido a partir de la narrativa de un joven paisa, y que evoca nuevamente la idea de ausencia de futuro, Alonso Salazar (1990) escribe *No nacimos pa' semilla*, *best seller* que alcanzó tres ediciones en el mismo año. Frente a la pregunta ¿por qué los jóvenes están dispuestos a morir?, su hipótesis es que se ha producido un sincretismo entre algunas prácticas coloniales, el ansia de dinero, la cultura maleva y la modernización:

Las bandas no podrán ser controladas mientras ellas sean el medio de socialización y el modelo de identificación para las nuevas generaciones de las barriadas populares. El Estado no ha realizado ningún programa integral para enfrentarlo. La sociedad está paralizada y no ha procurado el desarrollo de programas preventivos sobre las zonas conflictivas. Las alternativas de superación de esta realidad están muy ligadas a la solución de los grandes conflictos que ahora enfrenta el país y a las reformas del Estado, especialmente de la justicia. Pero sobre todo al desarrollo de programas sociales en las zonas de conflicto que le ofrezcan alternativas a la niñez y a una juventud que busca protagonismo y alternativas sociales (Salazar, 1990:211).

En el seminario *¿Qué sabemos de los jóvenes. Estado del arte de la investigación sobre juventud*, realizado en 1986, se estableció que

Muchos de los discursos que desde la academia y los medios de comunicación masiva han intentado comprender y explicar estas problemáticas han permitido ocultamientos y soslayado dinámicas relativas a las relaciones de poder y desconocido potencialidades de las culturas juveniles. En efecto, los jóvenes y la juventud han sido considerados de muy diversas maneras: como una subcultura con poca integración al sistema, marginal y anómica, práctica u objetivamente delincuente; como una contracultura disfuncional o contestataria, pero con gran capacidad para el consumo; como una etapa transitoria que sirve de preparación para el futuro, en la cual se está pero todavía no se es; hasta llegar a considerarse como una población en riesgo (Laverde, 1998:9).

A partir de este análisis académico, y con la idea de abandonar el sesgo del joven como riesgo social, se realiza un corte epistemológico y se inaugura una perspectiva culturalista en este campo de estudio para mostrar la complejidad, la heterogeneidad, la multiplicidad y la potencialidad de las manifestaciones de lo juvenil. Desde entonces, esta perspectiva ha sido incorporada, marginalmente, en los estudios sobre jóvenes en ciudades como Bogotá, Cali y Medellín.

En lo avanzado del siglo XXI, el análisis sobre la relación entre jóvenes y violencia es un híbrido entre los trabajos que siguen abordando de manera más o menos clásica los fenómenos de la delincuencia juvenil, el estudio del tema desde la cultura y la perspectiva de las subjetividades y el conflicto. Como un ejemplo de lo dicho, en el año 2007 el estudio *Con el diablo adentro: pandillas, tiempo paralelo y poder* asume la juventud como un valor universal de la cultura y un código portador de sentidos. El autor se pregunta por las condiciones que hacen posible el acontecimiento pandillero como una síntesis de viejas prácticas urbanas, emergencia cultural de lo joven y renovada presencia del crimen (catalizadores), así como por la clase de sociedad en la cual es factible la abstracción de lo social que atraviesa la pandilla: el símbolo, el vínculo y el poder (mediadores) (Perea, 2007).

4. La corriente crítica de la educación popular y las escuelas del desarrollo como modos de intervención en la relación entre la violencia y los jóvenes

Los textos enunciados, que son solo la muestra de las investigaciones más citadas y más utilizadas por otras investigaciones, pueden ser ubicados bajo los modos de intervención de la *educación popular* y las *escuelas del desarrollo*. Los estudios que usan principalmente la educación popular pugnan por dar un protagonismo a los jóvenes como supuestos sujetos portadores de una novedad, como seres para sí que pueden generar un cambio social, mientras los estudios de las escuelas del desarrollo proponen principalmente la ampliación de oportunidades y la modificación de las conductas de estos individuos. Los primeros esperan a los jóvenes, los segundos los capacitan.

Un planteamiento central en la educación popular es que una solución para aquellos “seres fuera de” o “al margen de”, sería que fuesen “integrados” para dejar de ser “seres fuera de” y asumieran la condición de “seres dentro de”. Para Freire, los llamados marginados jamás estuvieron “fuera de...”; siempre estuvieron “dentro de”, dentro de la estructura que los transforma en “seres para otro”. La solución no sería, por tanto, “integrarse”, “incorporarse” a esta estructura que los oprime, sino transformarla para que puedan convertirse en “seres para sí”. (1970:21). La educación popular asume que la realidad es el producto de las relaciones asimétricas de poder en la sociedad, oculta en los elementos ideológicos de conciencia que enmascaran las relaciones y las situaciones que se derivan de ellas y propone que a través del diálogo entre personas de la comunidad y profesionales comprometidos con el cambio social se develen las relaciones de opresión a las que los sujetos están sometidos (Rauber, 2010).

La promoción del desarrollo, por su parte, ha devenido en una perspectiva conceptual y metodológica, que en sus orígenes fue una idea política de la posguerra, a partir de la economía neoclásica (Sunkel y Paz, 1970). Durante dos décadas el desarrollo fue un sinónimo de crecimiento y del producto interno bruto (PIB). El economista británico Dudley Seers (1970)

provocó un punto de inflexión en materia del concepto desarrollo con un artículo acerca del significado del término, evidenciando que “desarrollo” es un concepto normativo, lleno de juicios de valor, y preguntándose por las condiciones necesarias para la realización del potencial de la persona humana. En la década de los ochenta, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), inspirado particularmente en ideas de Amartya Sen, Mahbub ul Haq, Richard Jolly y otros, introduce una nueva acepción y una nueva forma de medir el desarrollo, a través de un Índice de Desarrollo Humano, compuesto por calidad de vida, longevidad y nivel de conocimiento.

Tal desarrollo (el desarrollo a escala humana) se concentra y sustenta en la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales, en la generación de niveles crecientes de autodependencia y en la articulación orgánica de los seres humanos con la naturaleza y la tecnología (Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn, 1986:50).

En la última década han emergido discursos alternativos al desarrollo, los cuales, lejos de lograr configurar un discurso nuevo, han sido subsumidos por este mediante nuevos epítetos al desarrollo mismo: integral, humano, sostenible, alternativo, amigable, etc.

Para las escuelas del desarrollo, la violencia es un obstáculo al progreso y proviene de una disfunción de individuos, grupos y masas irracionales. La forma de abordarla consiste en la ubicación de los focos que la generan y la adopción de medidas de prevención, control, disuasión y represión en los individuos, grupos y entornos donde se ubica. Por su parte, la educación popular considera la violencia como la instauración de una relación opresora en la que las masas oprimidas son el resultado de una violencia que objetivamente las constituye. La forma de intervenir la violencia es, por lo tanto, mediante la concientización y liberación de quienes son dominados, lo que generaría a su vez la libertad del opresor como dominador.

Los investigadores aprovechan algunas orientaciones de la educación popular como modo de intervención, invitando a la participación y a la escucha de la población juvenil mediante diagnósticos cualitativos, e

impulsando la constitución de un sujeto político, consciente de su dignidad y transformador. Por su parte, las escuelas del desarrollo han sido explícita y abiertamente incorporadas en la producción de conocimiento mediante el uso de la epidemiología y la implementación de leyes y programas orientados a la vida saludable, la educación, el empleo y el uso del tiempo libre como formas de prevenir la violencia.

El conocimiento producido sobre los jóvenes en Colombia y su relación con la violencia que ha logrado constituirse en saber dominante y ampliamente utilizado en las políticas, proviene principalmente de las escuelas del desarrollo, pero ha devenido en un proceso de vaciamiento de la conciencia política en torno a la violencia, en la medida en que enfatiza la inserción social de jóvenes, sin hacer un cuestionamiento crítico sobre la sociedad en la que se los pretende insertar.

5. El saber y la normatividad construidos sobre la relación entre la violencia y los jóvenes

El uso marginal pero funcional de la educación popular en los estudios revisados y en las políticas en las que estos han logrado influir, así como el uso dominante de las escuelas del desarrollo en los estudios y sus respectivas políticas explican las características más relevantes del conocimiento producido y la intervención sobre los jóvenes: dispersión teórica y conceptual, reiterada intervención en los espacios de los jóvenes para controlarlos, diagnósticos de causas y efectos, centralidad en las esferas primarias de la familia y la educación o en las instituciones como el principal origen de la violencia, referencia a la relación jóvenes-hombres-pobreza-drogas-violencia y propuestas centradas en la participación formal y las promesas de generación de oportunidades.

La revisión realizada permite afirmar que es imposible hablar de una juvenología como constitución de un territorio del saber en Colombia, con un cuerpo conceptual integrado, debatido entre quienes se ocupan de él y una comunidad científica que lo conserva. Esto no quiere decir que no usen teorías o marcos conceptuales, sino que abunda la confusión conceptual. (Villamizar, 2003:166).

No aparece un trabajo de localización de la investigación que dé cuenta no solo de los diferentes lugares de enunciación de los discursos tanto epistemológicos como metodológicos en los que se apoyan dichas investigaciones, sino de las categorías o conceptos que se han retomado de diversas disciplinas sociales o perspectivas político-culturales para tratar de explicar o interpretar ese proceso de desorden cultural, inversión de sentido y proliferación de identidades colectivas que hoy cataliza la juventud (Gómez, 2009:60).

A finales de los años noventa los estudios son reiterativos en las clasificaciones de las formas organizativas de los jóvenes (Bedoya y Jaramillo, 1992; Useche, 1998; Rubio, 1997), las motivaciones y el tipo de grupos (la barra, el combo, la gallada, el parche, la pandilla, la tribu, la banda, la oficina, etc.) y las actividades a las que estos se dedican, con la intención de proteger algunos espacios propios de los jóvenes frente a estigmas sociales e institucionales y a actividades de limpieza social (Escobar *et al.*, 2004).

En los estudios domina el interés terapéutico por explicar las causas o los factores que permiten determinar por qué el sujeto joven está involucrado en actos, situaciones o escenarios de violencia (Parra, Jaramillo y González, 1985; Salazar, 1998; Márquez, 1993; Perea, 2000). Al momento de las razones, sobresale la argumentación según la cual esto “no es más que” la consecuencia prácticamente obvia de la mezcla de carencias económicas, errores políticos, desarreglos sociales y costumbres culturales y religiosas. Para otros es erróneo restringir las causas de la violencia o la criminalidad juvenil a factores de tipo socioeconómico (Useche, 1998). Es además llamativo el recurso predominante a la familia y la escuela, como ámbitos primarios de socialización, para explicar las causas de la relación entre el sujeto joven y la violencia (Palacio, Sánchez y Valencia, 2002; Serrano *et al.*, 2003; Morrison, Buvinic y Shifter, 2005; Moser, Lister y McIlwaine, 1999).

La figura del sicario reclama la elaboración de perfiles psicosociales; comienza a mirarse a la familia y a la escuela como ámbitos de ejercicio de la violencia y como factores que inciden en la formación de comportamientos violentos (Palacio, Sánchez y Valencia, 2002:68).

Aparece la indagación por una matriz cultural colombiana como explicación a la violencia y, muy específicamente, a la violencia en la que están involucrados los jóvenes (Salazar, 1998: 115). Sujeto joven, pobreza y violencia se consideran una tríada recurrente (Rodríguez, 2006). El asunto de las drogas y la violencia ingresa a partir del tema del narcotráfico, al que los estudios se refieren como “subcultura” (Márquez y Ospina, 1999). “El consumo de drogas es tan generalizado entre las comunidades de menores recursos en Colombia que muchos jóvenes se identificaron según la clasificación de si habían o no consumido drogas” (Moser y McIlwaine, 2000:49).

Así, todo lo que constituye el ambiente de la sociedad termina siendo o entrañando una explicación de la violencia. Los estudios afirman la necesidad de comprender el fenómeno de la violencia y la delincuencia juvenil desde una perspectiva multicausal y compleja, a lo que cabría añadir la frase de Alain Badiou: “La fijación en la complejidad del mundo [...] no es sino un deseo generalizado de atonía” (citado en Zizek, 2009:49).

Los estudios revisados contemplan, en su mayoría, la dimensión masculina. En virtud de las estadísticas, niegan rotundamente la participación de las mujeres en la violencia y traducen esto al binomio violencia = masculinidad, paz = feminidad (Moser, 1999). Los estudios hacen silencio o niegan la vinculación y la relación de las mujeres con el fenómeno de la violencia y los jóvenes (Daza, 2007). Solo uno de los 110 estudios analizados se formula directamente y de manera central la pregunta acerca de las mujeres jóvenes como generadoras, cómplices y víctimas de la violencia (Tamayo, 1995).

Este saber sobre la relación entre la violencia y los jóvenes, su origen, actores y causas, está en amalgama con las políticas que se proponen para la eliminación de aquella. La defensa de la democracia se considera la mejor lucha contra la violencia, y el diálogo es presentado como una fuerza alternativa a la fuerza de las armas (Perea, 1993). Se recomienda implementar políticas sociales que les garanticen a los jóvenes y otros grupos humanos la vigencia de sus derechos fundamentales (Zuleta, 2005:42-47). El discurso de la participación juvenil conlleva también la legitimación de las acciones promovidas por los gobiernos, las ONG y las

agencias internacionales (Escobar *et al.*, 2004). A este énfasis la pregunta por el carácter de representatividad que aún invade las diversas formas de participación, por la base social que efectivamente movilizan y por su accionar como instrumentos de las burocracias estatales en la formulación de políticas públicas. Es una participación bajo el acoso de las instituciones gubernamentales y las agencias internacionales reducida a procesos de información y consulta.

Un estudio que pretende marcar un cambio de rumbo en la enunciación del joven es *De calles, parches, galladas y escuelas: transformaciones en los procesos de socialización de los jóvenes de hoy* (Pérez y Mejía, 1996), por la crítica que hace al modelo dominante que busca la resocialización del joven. El estudio propone una modalidad de intervención que sea interactiva y que brinde posibilidades en la medida en que reconstruya la identidad y la individuación de los jóvenes en las relaciones sociales.

Pocos estudios, al menos en la selección realizada para esta investigación, abordan la acción del sistema penal que define la criminalidad y que reacciona frente a ella. Las investigaciones revisadas que se ocupan del sistema penal de adolescentes se mueven en sus referentes entre el paradigma de la situación irregular y el de la protección integral de derechos, con prevalencia del primero. En esta perspectiva, los adolescentes y jóvenes son reputados como sujetos inmaduros, desvalidos, inferiores, dignos de conmiseración y por ello objetos pasivos de protección o tutela del Estado (Londoño, 2001).

6. Comentario al borde

En torno a la relación entre la violencia y los jóvenes se construye una moral que se caracteriza por una operación ideológica y una mistificación sutil de anatémizar la violencia. Con ellas, sobrevienen intervenciones que enmascaran la vacuidad de lo que ocurre, basadas en la repetición de una complejidad que no se nombra y obnubila el pensamiento. Los discursos que han construido al sujeto joven colombiano lo hacen aparecer como un ser sobredeterminado por un contexto que le preexiste, un sujeto pasivo que no participa del contexto relacional en el que está y que actúa en virtud de una esclavitud hacia la estructura, la historia y su entorno.

Los discursos muestran las identidades y culturas juveniles como existentes, sólidas y preexistentes, que se autoproclaman y universalizan su propia situación (Cajiao, 1995; Muñoz, 1996; Marín y Muñoz, 1995; Galvis, 2001), con lo cual fracasan en el logro de la identidad que intentan construir.

Tras la máscara y la ficción de una ciencia descriptiva de los problemas sociales se esconden los propios prejuicios, temores, aspiraciones, preguntas y desconciertos de quienes desde una supuesta exterioridad pretenden ayudar a solucionar los problemas. Este intento por sacar a los jóvenes de sus pandillas, por reconocerlos y hacerlos “buenos”, por resocializarlos, por conjurar en ellos el “pecado”, por limpiar su estigma, da muestra de una nueva moral del auxilio y la salvación. “El parcero vuelve como el hijo pródigo: triste y arrepentido. Pese a sus brutales distanciamientos no poseen nada distinto a ese mundo temporariamente suspendido, el del cura y la familia, el de la escuela y el trabajo” (Perea, 2007:321).

La investigación en el campo de la relación entre jóvenes y violencia opera como crónica, testimonio del dolor y la desesperación, como apocalipsis en la modernidad tardía.

La enunciación de la violencia como enfermedad supone una división moral entre quienes la padecen, quienes la ejercen, aquellos que la sufren y los que la curan o limpian.. Es una manera cruel de señalamiento hecha a partir de estudios basados en evidencias científicas de tasas y cálculos, realizados desde un afuera, desde una objetivación de la violencia como problema observable, medible y controlable desde el laboratorio de las ciencias.

Con la pretensión de ser eficaces en el manejo de los daños ocasionados por los actos violentos, los estudios terminan convirtiendo al sujeto activo en un paciente, un dato o una noticia, proponiendo que se actúe sobre las víctimas y no sobre las formas de poder en las que se instauran los actos violentos. Las víctimas se asumen desde prácticas asistenciales, centradas en la compasión y la benevolencia. (Daza, 2006).

El esquema preponderante es de carácter dualista de víctima/victimario, protagonista/actor secundario, instrumento/agente, en riesgo/de riesgo. Prevalece una visión del joven colombiano instrumento de los adultos y en

riesgo social, es decir con el tatuaje de haber actuado con violencia, pero con la asistencia humanitaria de quienes lo disculpan y lo limpian a través de discursos que enaltecen sus potencialidades y derechos, y de acciones que les prometen integrarse y resocializarse. Los jóvenes, inicialmente vistos como fuentes del mal que asedia a la sociedad, ahora son lavados de toda culpa y responsabilidad. El tatuaje grabado en la década de los ochenta se pretende borrar en las décadas sucesivas. Tal intento termina remarcándolos.

Lo que es visto por los investigadores y por los diarios del país es luego proclamado como visto por todos los colombianos. A los investigadores les avergüenza la sociedad que están viendo, los sujetos que esta produce, con sus tradiciones y prácticas. Desde la vergüenza, hacen un llamado insistente a la democracia y la modernización, a la que los jóvenes deben servir mediante el estudio, el trabajo y la conformación de familias sanas. A cambio del estigma del joven como problema, los investigadores imponen otra marca sobre los jóvenes, que se enuncia en el prejuicio según el cual, por ser jóvenes, estos sujetos entrañan unos nuevos modos de ser en sus formas de comunicación: son más libres, más abiertos, más éticos y estéticos. Es otra moral que pesa sobre ellos. Es más bien el ideario, el delirio romántico que encuentra en los jóvenes una proyección de lo mejor a lo que aspira.

Estas narrativas operan como signo de algo que yace fuera de su forma. No son ni ciencia ni arte, son diagnósticos realizados desde una supuesta exterioridad a la enfermedad. Mientras que en el arte se extrae de la confusa realidad su propia forma interior y se evoca el modo en que el terror afecta la subjetividad, la descripción de la violencia juvenil en Colombia es fría, describe el trauma de manera confusa e informal (Zizek, 2009).

Mediante la influencia que el conocimiento producido ejerce en las políticas sobre el sujeto joven colombiano, se instala una política “sobre” la vida llevada por el interés instrumental de capacitar a los individuos, subordinarlos y adaptarlos a la promesa de un sistema de oportunidades. La política “sobre” la vida, o biopolítica, regula la seguridad y el bienestar de las vidas humanas y opera como un miedo centrado en prevenir el acoso, la posible victimización. Por lo tanto, renuncia a la dimensión política propiamente dicha puesto que recurre al miedo como principio

movilizador fundamental, separándose de una política emancipatoria y basándose en la manipulación de grupos atemorizados. Se construye una forma de la vida en la que el otro está bien mientras su presencia no invada, es decir, mientras ese otro no sea realmente “otro” (Foucault, 2007).

De manera simultánea a esta gubernamentalidad, opera un conocimiento que enfatiza el poder “en” la vida y que afirma creencias y experiencias como fuente de conocimiento que mediante la pasión y la acción resiste y subvierte, exaltando las diferencias. El poder “en” la vida está en movimiento y forma constelaciones de diferencias y acontecimientos que generan continuas reconfiguraciones. Es una fuerza creadora guiada por un deseo inmanente, constituyente que propende por una novedad, por una revolución.

Sabemos que el problema revolucionario, hoy, consiste en hallar una unidad en las luchas puntuales que no reconstruya la organización despótica o burocrática del partido o del aparato de Estado: una máquina de guerra que no remitiría a un aparato de Estado, una unidad nómada en relación con el Afuera, que no se sometería a la unidad despótica interna. Esto es quizá lo más profundo de Nietzsche, la media de su ruptura con la filosofía tal y como aparece en el aforismo: haber hecho del pensamiento una máquina de guerra, una potencia nómada (Deleuze, 2005:330).

¿Cómo instaurar la novedad en la producción de conocimiento, más allá de una moralidad implícita y autoreferida, y hacer un salto cualitativo en el pensamiento colombiano sobre lo social y sus múltiples realidades: la violencia, los jóvenes, las políticas, la forma de producción de conocimiento? Nuevamente, la clave es filosófica; pero no solo filosófica sino estética y política.

En términos filosóficos, la opinión y la repetición son las formas como vivimos en el mundo, es lo dado y lo prestablecido. Por lo tanto, filosóficamente, es necesario desentrabar la diferencia y permitir el devenir de algo nuevo, mediante la creación de nuevos conceptos. En el arte, la creación implica nuevas sensaciones, nuevas relaciones con lo otro, experimentación permanente con la diferencia. Desde la política, la creación es dar el margen a nuevas posibilidades. Se trata de poner en la vida social una otredad producida, no precedida (Zepke, 2007).

Para instaurar un nuevo pensamiento en las ciencias sociales, y particularmente en los estudios sobre jóvenes y violencia en Colombia, es necesario decir que pensar ya no es reflexionar, ni reconocer, ni representar. “Pensar es provocar una violencia al pensamiento y a sus modelos. Pensar es volver al pensamiento extraño a sí mismo y enemistarlo con su imagen y sus modelos” (Garavito, 1999:113). El pensamiento no es ya una militancia en la verdad contra el error, sino una nueva modalidad de espacio que posibilita la inmanencia; es exigencia de la posibilidad, en el tiempo, de la ruptura, de la transformación radical, la invención y la irrupción de la novedad; es invención de múltiples procesos y múltiples comienzos.

Las formas del pensamiento, según Garavito, son el monólogo, el diálogo, el discurso y el transcurso. El monólogo surge en las fronteras de la sociedad y opera como una manera de renunciar al mundo. En el monólogo se abandona el mundo pero el alma persevera en el ser, se permanece ligado a la sociedad que se cree abandonar. La forma diálogo es un acto socialmente codificado que requiere un oído atento y una respuesta rápida dentro de un intercambio preciso de mensajes y roles de emisor y receptor que exigen una presencia directa y activa del otro. Hay un diálogo indirecto en el que se filtra el discurso del otro, se selecciona e imprime la entonación del autor, se transforman los tiempos verbales. Hay un diálogo indirecto libre en el que se rompen las fronteras, el autor es indiscernible, se elimina la distancia entre el autor y el escenario, se reduce la preponderancia del autor y se le da importancia al conocimiento intuitivo. Este discurso indirecto libre es el más cercano a la emergencia del pensamiento (Garavito, 1997).

La transcurividad es el desafío para la investigación social colombiana, para que pueda “romper la frontera del contexto narrativo y atreverse a plantear el problema a nivel de cambio del contexto estético del autor y del personaje” (Garavito, 1997:55). Es aproximarse a figuras del pensamiento y a los medios no lógicos de expresión. Es divergencia, transformación del autor en personaje, del personaje en autor o en otro personaje. Es un recorrido pulsional que franquee diferentes formas y que implique multiplicidad de identidades; es pensar un no lugar, sin forma, sin identidad. La transcurividad implica forzarse, pasar por caminos

laberínticos vinculados al deseo. Requiere dosis de silencio y secreto, pues está compuesto por fuerzas que permiten la desidentificación que conduce a desprenderse de sí mismo. En la transcurividad se reconoce la fuerza de desidentificación que anima al discurso, se libera de lo dicho, se suprime el lazo que vincula el discurso y el locutor, lo que se dice no es expresión del yo, sino una fuerza que procede de un fondo intuitivo y pulsional. Por ello, el transcurso no puede explicarse mediante una forma o técnica de expresión, sino mediante una intervención precisa e involuntaria que rompe el orden lógico en un instante en que toda palabra se silencia, que fluye como fuerza de la vida o de la muerte que atraviesa el ser del lenguaje.

Una nueva filosofía necesita atravesar hoy una nueva forma de pensamiento. La filosofía como la tarea intranquila, angustiante y sentida de crear conceptos que permitan decir “lo indecible” y pensar lo impensable. Una filosofía de lo singular, de los acontecimientos y de los márgenes.

¿Qué le queda al pensador abstracto cuando da consejos de sensatez y distinción? ¿Hablar siempre de la herida de Bousquet, del alcoholismo de Fitzgerald y de Lowry, de la locura de Nietzsche y de Artaud, permaneciendo en la orilla? ¿Convertirse en el profesional de estas habladurías? ¿Desear solamente que los que recibieron estos golpes no se hundan demasiado? O bien, ir uno mismo para ver un poquito, ser un poco alcohólico, un poco loco, un poco suicida, un poco guerrillero, lo justo para alargar la grieta, pero no demasiado para no profundizarla irremediablemente... ¿Cómo alcanzar esta política, esta guerrilla completa? (Deleuze, 1989:165).

7. Referencias bibliográficas

- Bedoya, Diego y Jaramillo, Julio. (1992). “De la barra a la banda. Estudio analítico de la violencia juvenil en Medellín”. Medellín: El Propio Bolsillo.
- Cajiao, Francisco. (1995). *La ciudad nos habita. Proyecto Atlántida*. Bogotá: Fundación FES, Ministerio de Educación Nacional.
- Camacho, Álvaro y Guzmán, Álvaro. (1990). “Colombia: Ciudad y violencia”. *Foro*, N.º 12. Julio – Diciembre, pp 173-175
- . (1997). “La violencia urbana en Colombia: teorías, modalidades, perspectivas”. En: *Nuevas visiones sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: IEPRI, FESCOL, pp 23-34

- Comisión de Estudios sobre la Violencia. (1988). *Colombia, violencia y democracia. Informe presentado al Ministerio de Gobierno*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Colciencias.
- Daza, Gisela. (2006). “Las víctimas en la socialización”. *Nómadas*, N.º 25, pp. 110-117.
- Daza, Ricardo. (2007). *Marco conceptual de la prevención de la violencia que afecta a jóvenes en el contexto colombiano*. Bogotá: Ministerio de la Protección Social, OPS, GTZ.
- Deleuze, Gilles. (1989). *Lógica del sentido*. Buenos Aires: Paidós.
- . (2005). *La isla desierta y otros textos*. Valencia: Pre-textos.
- Escobar, Manuel, Quintero, Fernando, Arango, Ana y Hoyos, Diana. (2004). *Estado del arte del conocimiento producido sobre jóvenes en Colombia 1985-2003*. Bogotá: Colombia Joven, UNICEF, GTZ, Universidad Central.
- Fals Borda, Orlando, Guzmán, Germán, Umaña Luna, Eduardo. (2010). *La violencia en Colombia. Tomo I*. Bogotá: Nomos.
- Foucault, Michel. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: FCE.
- Freire, Paulo. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Santiago: Siglo XXI.
- Galvis, Iván. (2001). *Culturas juveniles. Actualidad y resistencia*. Bogotá: ESAP
- Garavito, Édgar. (1997). *La transcurividad. Crítica de la identidad psicológica*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- . (1999). “La imagen del pensamiento”. *Escritos escogidos*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Gómez, Jaime. (2012). *La moral en los modos de intervención sobre las relaciones entre la violencia y los jóvenes en Colombia*. Universidad Central. Tesis para optar al título de Magíster en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos.
- Gómez, Jairo. (2009). “El romanticismo como mito fundacional de lo joven”. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. Vol. 7, N.º 1, ene.-jun., pp. 59-81.
- Londoño, Hernando. (2001). “Política criminal y violencia juvenil”. En: Pablo Angarita (ed.). *Balance de los estudios sobre violencia en Antioquia*. Medellín: Universidad de Antioquia, pp 30-79
- Marín, Martha y; Muñoz, Germán. (1995). “Las culturas juveniles urbanas. Análisis documental y ensayo de interpretación”. En: *¿Qué significa tener 15 años en Bogotá?* Bogotá: Compensar, pp 24-32
- Márquez, Fulvia. (1993). *Ser joven en Medellín*. Medellín: Corporación Región.
- Márquez, Fulvia y Ospina, Martha. (1999). *Programa Casas Juveniles, pensando a la juventud de una manera diferente*. Medellín: Región.

- Max-Neef, Manfred, Elizalde, Antonio y Hopenhayn, Martin. (1986). “Desarrollo a escala humana”. *Development Dialogue*, Número especial, Marzo – Mayo, Santiago de Chile, pp 50-55
- Morrison, Andrew, Buvinic, Mayra y Shifter, Michael. “América violenta: factores de riesgo, consecuencias e implicaciones para las políticas sobre la violencia social y doméstica” En: Hugo Frühling y Joseph S. Tulchin. (2005). *Crimen y violencia en América Latina*. Bogotá: FCE.
- Moser, Caroline, Lister, Sara y McIlwaine, Cathy. (1999). *World Bank Country Study. Violence in Colombia. Building Sustainable Peace and Social Capital*. Washington: World Bank.
- Moser, Caroline y McIlwaine, Cathy. (2000). *La violencia y la exclusión en Colombia según la percepción de comunidades urbanas pobres*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Muñoz, Germán. (1996). “La mutación como alma de la investigación”. *Nómadas*, N.º 4, ene.-jun., pp. 16-26.
- Nietzsche, Friedrich. (2002 [1972]). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza.
- Oquist, Paul. (1978). *Violencia, política y conflicto en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos/Biblioteca Banco Popular.
- Palacio, María, Sánchez, María y Valencia, Ana. (2002). *Los conflictos y las violencias recientes en Colombia. Un pasado y un presente para contar*. Manizales: Universidad de Caldas.
- Parra, Rodrigo, Jaramillo, Bernardo y González, Olga Lucía. (1985). *Ausencia de futuro: La juventud colombiana*. Bogotá: Plaza & Janés.
- Pécaut, Daniel. (1987). *Orden y violencia: Colombia: 1930-1954*. Bogotá: Planeta.
- Perea, Carlos. (1993). *Juventud: Un principito en búsqueda de su propio rostro. Los jóvenes frente a la democracia. Confabulando presentes*. Bogotá: Fundación Restrepo Barco, Consejería Presidencial para la Juventud, la Mujer y la Familia.
- . (1998). “Somos expresión, no subversión. Juventud, identidades y esfera pública en el suroriente bogotano”. En: María Laverde, Humberto Cubides, Carlos Valderrama. (ed.). *Viviendo a toda, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central, pp
- . (2000). “De la identidad al conflicto: los estudios de juventud en Bogotá”. En: *Cultura y región*. Bogotá: CES, Ministerio de Cultura, pp. 125-135
- . (2007). *Con el diablo adentro: pandillas, tiempo paralelo y poder*. México: Siglo XXI.
- Pérez, Diego y Mejía, Marco. (1996). *De calles, parches, galladas y escuelas: transformaciones en los procesos de socialización de los jóvenes de hoy*. Bogotá: Cinep.
- Periódico *El Tiempo*, Edición del 1 de mayo de 1984. En:

- Rauber, Isabel. (2010). *Dos pasos adelante, uno atrás. Lógicas de superación de la civilización regida por el capital*. Bogotá: Desde Abajo.
- Rodríguez, Ernesto. (2006). *Políticas públicas y marcos legales para la prevención de la violencia relacionada con adolescentes y jóvenes. Estado del Arte en América Latina 1995- 2004*. Washington: OPS, GIZ.
- Rubio, Jaime. (1997). "Perverse Social Capital: Some Evidence from Colombia". *Journal of Economic Issues*, Vol. 31, N.º 81, enero - febrero pp 81
- Salazar, Alonso. (1990). *No nacimos pa' semilla*. Medellín: Región y Cinep.
- . (1998). "Violencias juveniles: ¿contraculturas o hegemonía de la cultura emergente?". En: Humberto Cubides, María Laverde, Carlos Valderrama. (eds.). *Viviendo a toda, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central., pp 9
- Sánchez, Gonzalo. (1986). "Los estudios sobre la violencia: Balance y perspectivas". En: Gonzalo Peñaranda y Ricardo Peñaranda (comps.). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: Cerec, pp 19-38
- Santamaría, Germán y Arias, Carlos Alberto. "Todo se preparó en Medellín". En Periódico El Tiempo, martes 1 de mayo de 1984. Año 74.
- Serrano, José, Hoyos, Diana, Quintero, Fernando, Caicedo, Alhena y Bejarano, Leonardo. (2003). *Juventud. Estado del arte, Bogotá 1990-2000. Volumen 2*. Bogotá: Alcaldía de Bogotá, Universidad Central.
- Sunkel O. y Paz, P. (1970). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Tamayo, Claudia. (1995). "Mujeres jóvenes, generadoras, cómplices y víctimas de la violencia en Medellín". En: *La ciudad de los jóvenes: Una mirada desde Medellín*. Medellín: CIVIS, pp. 55-62
- Useche, Óscar. (1998). "En busca de nuevos lugares de enunciación de lo juvenil". *Nova & Vetera*, N.º 32, jul. - sep., pp. 48-62.
- Villamizar, Rosa. (2003). *Estado del arte: conflicto urbano y jóvenes. Medellín, Bogotá, Cali y Barrancabermeja 1990-2002*. Bogotá: Difundir.
- Zepke, Stephen. (2007). "El ataque a la representación. La estética como política". En: Mónica Zuleta, Humberto Cubides, Manuel Roberto Escobar (eds.). *¿Uno solo o varios mundos? Diferencia, subjetividad y conocimientos en las ciencias sociales contemporáneas*. Bogotá: Siglo del Hombre, pp 65-67
- Zizek, Slavoj. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Paidós.
- Zuleta, Estanislao. (1994). "Ensayo sobre la lectura". En: *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Cali, pp 42-43
- . (2005). "El derecho a la vida y la violencia. Documento preparado en el año de 1988 para la Consejería Presidencial de los Derechos Humanos".

En: Estanislao Zuleta. *Colombia: Violencia, democracia y derechos humanos*, Bogotá, pp 22 - 25
Zuleta, Mónica. (2011). *La voluntad de verdad en Colombia: una genealogía de las ciencias sociales profesionales*. Bogotá: Universidad Central.